

# IV Domingo Tiempo Ordinario

*Jeremías 1, 4-5. 17-19; 1 Corintios 12, 31-13, 13; Lucas 4, 21-30*

«*¿No es éste el hijo de José?*»

*3 Febrero 2013 P. Carlos Padilla Esteban*

*«Cuando respetamos a los ignorantes y a los desconocidos tanto como a los sabios y respetables, el corazón está abierto, es receptivo y no se fija sólo en las apariencias.»*

**Rechazamos lo que no conocemos o lo que no lleva etiqueta de calidad, porque no confiamos en que sea bueno.** Hace tiempo se hizo una prueba. Joshua Bell, uno de los mejores violinistas del mundo, interpretó en el metro varias piezas musicales durante 45 minutos. Pocos días antes lo había interpretado en Boston. Allí algunas entradas costaban más de mil dólares y todo estaba vendido. El Teatro lleno. En el metro, sin embargo, ese hombre aparentemente desconocido, que tocaba el violín con ropa poco elegante, no parecía despertar el interés de casi nadie. Poca gente se detuvo unos minutos tan solo a escuchar su interpretación. Parece que la música que no cuesta dinero no suena tan bien como la pagada. Las cosas que no llevan su etiqueta, que no tienen un buen precio, o un marco de referencia, no nos parecen tan valiosas como las que sí están señaladas como importantes. Así nos suele suceder en la vida. Una charla o un testimonio dados por alguien importante, conocido, respetado por muchos o recomendado por el público y la prensa, nos parece digno de ser escuchado. Sin embargo, la charla de un desconocido no nos motiva. La película nominada para un Óscar la vamos a ver, porque es famosa, y desdeñamos la película sin actores famosos. Si algo se pone de moda lo hacemos o lo visitamos, para no quedarnos fuera de la corriente. Por el contrario, cuando nadie habla de ello, no lo tomamos en serio. Así ocurre en nuestra vida. La fama y los elogios aumentan las expectativas que tenemos sobre la realidad. Y muchas veces sucede que la realidad nos decepciona. Tendríamos que tener un corazón más abierto, más libre, más receptivo con la vida, sin importarnos tanto el título, el nombre o la fama. Así era el obispo de Digne en la obra «*Los miserables*»: «*Respetaba mucho a los sabios, respetaba todavía más a los ignorantes*»<sup>1</sup>. Cuando respetamos a los ignorantes y a los desconocidos tanto como a los sabios y respetables, quiere decir que el corazón está abierto, es receptivo y no se fija sólo en las apariencias. Un corazón así nos ayuda a descubrir la belleza oculta y a disfrutar de la vida con las cosas más sencillas. **Así logramos apreciar la realidad en toda su grandeza.**

**En el tiempo en el que vivimos cuesta descubrir la verdad oculta detrás de las apariencias.** O, mejor dicho, nos decepcionamos muchas veces porque no es oro todo lo que reluce. Decimos muchas cosas, tal vez demasiadas, pero luego, cuando tenemos que actuar en consecuencia, nos resulta complicado hacerlo. Aparentamos ser de una forma, por miedo al rechazo. Pero luego no somos lo que parecemos. Tal vez nos avergüenza nuestra propia verdad. Nos da miedo ser juzgados con tan poca misericordia como nosotros lo hacemos. Se habla mucho de la doble moral que siguen muchos cristianos. En la Iglesia actúan y hablan de una manera correcta y devota, como si su vida fuera siempre por el camino de la santidad. Alguno me comentaba: «*Yo aquí nunca digo palabrotas, en casa, en otro ambiente, es otra cosa*». Es así que luego, muchos cristianos, en sus relaciones fuera de la Iglesia, hablan de otra forma, defienden otros principios, dicen cosas diferentes y sus actos no se corresponden con sus creencias. Como si les avergonzara ser tan religiosos. Pero, en

<sup>1</sup> Víctor Hugo, “*Los miserables*”, 16

realidad, ¿son tan religiosos como parece? Siempre me acuerdo de Groucho Marx que decía: «*Éstos son mis principios; pero, si no le gustan, tengo otros*». Es cierto que no es tan sencillo ser honestos y fieles a lo que Dios nos pide siempre y en todo lugar; ser de verdad lo que aparentemos, y ser siempre sinceros en nuestra verdad más profunda, resulta exigente. Porque nos da miedo el juicio y la condena, el rechazo y el menoscabo. Nos asusta no ser del grupo de los que son «*guay*». Sin embargo, es un tema central para poder dar un testimonio verdadero como cristianos. Podremos decir muchas cosas, pero si no las hacemos carne en nuestra vida, de nada sirve. Nuestra vida ha de mostrar el rostro atractivo y verdadero de Cristo. Hacen falta muchos testimonios auténticos de honestidad de vida. Por eso me llama la atención el testimonio de Iván Fernández Anaya, un corredor vitoriano de 24 años. En una carrera, cuando iba segundo, tuvo la oportunidad de aprovechar el despiste del que iba primero para ganar. Sin embargo, no lo hizo. Afirmó al terminar la prueba: «*Creo que es mejor lo que he hecho que si hubiera ganado. Y esto es muy importante, porque hoy en día, tal como están las cosas en todos los ambientes, en el fútbol, en la sociedad, en la política, donde parece que todo vale, un gesto de honradez va muy bien*». Impresiona este tipo de testimonios que pasan desapercibido. No vende hablar de honestidad, ni de respeto al rival en el deporte, no es una gran noticia hablar de juego limpio, ni de buenas intenciones en la vida. Vende más hablar de dopaje y ver cómo no eran verdad los éxitos logrados por algunos deportistas o sacar a la luz la inmoralidad de políticos y otros personajes públicos. Nos llenamos de desazón al ver que otros caen, porque entonces nos parece imposible ser fieles. Y es que no es tan sencillo ser honestos siempre. Mantener la verdad, aunque acarree consecuencias negativas, es todo un desafío. Vemos testimonios tan opuestos a nuestro alrededor, en la política, en el deporte, en la sociedad en general, que la tentación es dejarnos llevar por lo que todos viven. «*Si todos lo hacen...*», pensamos, y este convencimiento nos lleva a dejarnos arrastrar por la corriente.

**Por eso impresiona conocer a personas que han vivido su vida con radicalidad, en el dolor y en la enfermedad.** Personas que han sabido hacer de su enfermedad un camino de vida y no una oportunidad para la desesperación. Enfermos que enseñan a vivir con su ejemplo a muchos sanos que desperdician su salud. Enfermos que abrazan la cruz con sencillez y humildad, sin exigencias, con autenticidad, desde la verdad de su vida. El otro día leía un testimonio de una persona enferma que decía: «*La enfermedad nos encuentra ahí donde nos encontramos. Cuando me sobrevino a mí supe que podría vivirla como una circunstancia adversa y hasta cierto punto irritante o, por el contrario, como una inmensa e inmerecida ocasión para el aprendizaje*»<sup>2</sup>. Así vivió también un joven una larga enfermedad que marcó su vida desde su nacimiento. Comentaba al hablar de su estado personal, pocos días antes de su muerte: «*Esta situación se irá deteriorando con el tiempo. Me ayuda mucho la oración y la meditación, junto con el ofrecimiento que hago de toda esta situación. Sin embargo, no me asusta nada pensar en mi muerte*». Ofreció su vida en el silencio, en la soledad, perseverando, sin alejarse nunca del Dios de su vida. Como comentaba un amigo suyo: «*Vivió toda su vida en la limitación que le impuso la parálisis cerebral que tenía de nacimiento. En ella creció, aprendió a vivir, se superó, se acrisoló y se santificó, ofreciendo su persona como sacrificio en el altar, unido a Cristo*». Cuando sabemos lo que estamos viviendo y entendemos que Dios se encuentra detrás de nuestra cruz, caminando con nosotros, somos capaces de ver la vida de otra forma. Cuando se quitan los ropajes que lo desdibujan todo, queda la verdad más auténtica de nuestra vida. En la enfermedad nos confrontamos con nuestra debilidad, se trata de «*la experiencia de la vulnerabilidad, sin la que no cabe la experiencia genuina del cristiano*»<sup>3</sup>. Cuando nos vemos vulnerables, cuando experimentamos la pobreza física de nuestro caminar, nos volvemos en nuestra verdad hacia Dios. Cuando vemos el deterioro de nuestro cuerpo podemos rebelarnos o aceptar el camino de la cruz sin soltar la mano de Cristo. En Él encontramos el descanso. Aunque puede ser fácil dejarnos llevar por la corriente y no ser

<sup>2</sup> Pablo D'Ors, "Sendino se muere", 39

<sup>3</sup> Pablo D'Ors, "Sendino se muere", 40

fuertes en momentos de fragilidad. En esa vulnerabilidad se muestra la verdad de toda nuestra vida. **Allí no hay barreras ni máscaras. Es la verdad que brilla ante Dios.**

**El mayor miedo que tienen muchas personas es no tener fuerzas para enfrentar la experiencia de la vulnerabilidad.** En el dolor, en la enfermedad, en la tristeza, ¿podremos ser fieles al amor de Dios, a la vocación de nuestra vida? Cuesta mantenernos firmes en nuestros principios un día sí y otro también. Decía el P. Kentenich: «*El verdadero educador se reconoce en que no dice hoy una cosa y mañana otra; no, sino que él es hombre de una sola idea. Nuestra generación, de nervios tan desgastados, ya no cuenta con educadores de esa talla. Hoy en día una idea suplanta rápidamente a la otra y por eso falta fecundidad a nuestra labor.*» Nos gusta que la gente apruebe nuestras decisiones y buscamos en seguida adaptarnos a su forma de pensar y vivir, para no experimentar el rechazo. Nos cuesta escandalizar con decisiones correctas, aunque no sean las habituales, porque nos sentimos fuera de la corriente, de la masa que aplaude cuando están de acuerdo. No obstante, las palabras del Hermano Rafael son claras: «*Necio es el hombre que mira este mundo y busca en él su descanso.*» Pensamos que es imposible la fidelidad a prueba de fuego en la tierra, en un mundo en constante movimiento y evolución. Por eso necesitamos colocar nuestra seguridad en Dios. El salmo recoge el deseo del corazón, que quiere ser fiel siempre al Señor: «*Mi boca contará tu salvación, Señor. A ti, Señor, me acijo: no quede yo derrotado para siempre; tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo, inclina a mí tu oído, y sálvame. Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi pena y mi alcázar eres tú, Dios mío, líbrame de la mano perversa. Porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sosténías.*» Sal 70, 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15. En Él podemos caminar y estar seguros. Y entonces seremos capaces de mantenernos firmes en situaciones difíciles: «*Iba recibiendo aliento: el aliento que necesitaba para vivir con mi enfermedad. En adelante podría decir: el Señor es mi roca y mi fuerza, sabiendo lo que decía*»<sup>4</sup>. En la enfermedad y en el dolor, en las situaciones límites, sale lo mejor y lo peor de nuestro corazón. Cuando nos acostumbraremos a descansar en Dios, a dejar en Él nuestros miedos y preocupaciones, caminaremos seguros en las dificultades. El corazón se educa para momentos claves. Así nos lo recuerda el P. Kentenich. No podemos vivir diciendo una cosa, rezando bonitas oraciones de abandono y, luego, cuando llegan las dificultades, echar marcha atrás: «*No queremos ser como aquellos, que si bien en la oración saben decir mucho de la entrega total, sin embargo, juntan todos los hilos del mundo para hacer retroceder el coche, cuando Dios comienza a tomar en serio nuestra oración y hace con nosotros lo que Él quiere. Eso vale especialmente cuando Él toma en serio la escuela del sufrimiento. Pablo lo considera como algo evidente, el que nosotros como miembros de Cristo, seamos incorporados también a Él en sus sufrimientos y que el dolor no sólo significa quiebra de las fuerzas humanas, sino que también, sobre todo, la irrupción de fuerzas divinas, y por medio de ellas, de abundante fecundidad en nuestra vida y en nuestro obrar (Col.1, 24; 1 Cor 4,9)*»<sup>5</sup>. La cruz y el sufrimiento forman parte de la vida. Dios nos forma para que, anclados en Él, sepamos caminar sobre las aguas, navegar en la tormenta, resistir en la oscuridad. Dios nos regala su mano para que no nos perdamos en los caminos. Y nos permite escuchar su voz para que no pensemos que nos abandona. Queremos aprender a vivir el abandono en el día a día, para ser fuertes cuando Dios nos pida que no soltemos su mano; **para cuando los seguros humanos cedan y nos encontremos solos con Dios.**

**Dios nos llama a ser fieles, a ser auténticos, a no ceder en nuestra fe, porque Él nos ha llamado a una vida plena.** Escuchamos a Dios hablando a Jeremías: «*Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te nombré profeta de los gentiles. Tú ciñete los lomos, ponte en pie y diles lo que yo te mando. No les tengas miedo, que si no, yo te meteré miedo de ellos. Mira; yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes*

<sup>4</sup> Pablo D'Ors, "Sendino se muere", 43

<sup>5</sup> J. Kentenich, "Cartas del Carmelo"

*y la gente del campo. Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte».*

*Jeremías 1, 4-5. 17-19.* Dios nos convierte en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, porque nos ha llamado y está con nosotros. Su vocación supone una elección personal. Un amor único, un amor predilecto, que se fija en nuestra nada, en nuestra pequeñez. Cuando comprendemos que Dios nos ha elegido desde el seno materno nos sentimos con paz. Descubrimos que valemos desde el comienzo, no desde el momento en que empezamos a realizar buenas obras. No valemos más por nuestros méritos, por los logros que la vida ha ido poniendo en nuestras manos, por las decisiones correctas que hemos tomado. El amor incondicional de Dios es el que sostiene nuestro caminar. En la película «*Moscati, el médico de los pobres*», decía el protagonista: «*Nada es imposible si pensáis que no lo es. La vida dura un instante. Todo encanto de la vida cae. Sólo queda el amor. Busca la verdad. Sé tú mismo, sin miedo. Sin preocupaciones. Sin disimulo. Si la verdad te implica sacrificio, sé fuerte. La muerte no es el fin, sino el principio*». ¡Qué importante saber vivir así! Sólo es posible cuando logramos rastrear ese amor de Dios en nuestra vida. Él nos ha llamado, nos ha elegido, nos ha querido. Nos hace falta mucha fe para creer en su amor predilecto. **Hoy pedimos que Dios aumente nuestra fe para creer en esta elección personal a cada paso.**

**Por eso entonces es posible hacer vida el amor en nuestra entrega. El amor es la llave que abre el corazón de Dios y el corazón de los hombres.** Hoy San Pablo nos muestra que nada importa demasiado si nos falta el amor: «*Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino excepcional. Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden. Ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber, podría tener fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve*». Escuchamos estas palabras y nos gustaría tenerlas siempre a la vista. Para no olvidar. Para pensar que si nos falta el amor en lo que hacemos, todo lo demás nos sobra. Decía la Madre Teresa: «*Hay que hacer las cosas ordinarias con un amor extraordinario*». Los éxitos o los fracasos, las grandes conquistas, las hazañas que dejan huella en la historia, si no las hacemos con amor, de poco sirven. Si falta el amor todo lo demás es secundario. Sin embargo, no siempre lo hacemos así. Nos obsesiona el trabajo, y podemos pasar por encima de otros para conseguir lo que queremos. Muchas veces hacemos grandes obras y luego lo estropeamos todo con nuestras críticas y desprecios. ¡Más nos valdría hacer menos cosas y poner siempre más amor en ellas!

Describe entonces S. Pablo cómo debería ser siempre nuestro amor: «*El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites*». Pensamos en el amor descrito y nos encontramos muy lejos del ideal. Muchas veces se elige esta lectura para las bodas. Porque en ella se muestran los rasgos fundamentales del verdadero amor. No obstante, muchas veces nuestro amor es impaciente, recuerda siempre el mal causado y no olvida, no sabe sacrificarse porque espera sólo la satisfacción de los deseos más egoístas. Quisiéramos recibir un amor abnegado, generoso, radical, un amor divino. Nos sabemos limitados y nos parece imposible perdonar siempre, cargar con alegría y aceptar a todos. Seguro que es imposible para nuestro corazón limitado. Pero no es imposible para Dios. Es el amor que quisiéramos hacer vida en nuestras relaciones. En nuestra familia, en nuestros vínculos. Queremos un amor eterno: «*El amor no pasa nunca. ¿El don de profecía?, se acabará. ¿El don de lenguas?, enmudecerá. ¿El saber?, se acabará. Porque limitado es nuestro saber y limitada es nuestra profecía; pero cuando venga lo perfecto, lo limitado se acabará. Ahora vemos confusamente en un espejo; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es por ahora limitado; entonces podré conocer como Dios me conoce. En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor*». 1 Corintios 12, 31-13, 13. El amor eterno es un don de Dios. Un don que pedimos para todas nuestras relaciones. **Un amor eterno que nos dé la vida hoy y para siempre.**

**El Evangelio continúa en este domingo lo que comenzó el pasado en Nazaret.** Frente a la

admiración que despertaron las palabras de Jesús en otros lugares, en su casa experimenta el rechazo: «Os aseguro ningún profeta es bien mirado en su tierra». El pueblo de Jesús no reconoce en Él a Dios. Lo conocían demasiado como para pensar que era el mismo hombre que hacía milagros y despertaba la admiración de tantos: «En aquel tiempo, comenzó Jesús a decir en la sinagoga: - Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír- Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios. Y decían: - ¿No es éste el hijo de José?» Es el simple hijo de un carpintero que no tenía nada de especial. Era uno de ellos, uno más, sin poderes. ¡Cómo creer en el poder de un pariente, de alguien tan humano! A veces nos cuesta creer en la santidad de los que más conocemos. Conocemos sus pecados y su debilidad, los hemos visto crecer y no los vemos superiores a nosotros, su vida nos parece normal, tal vez demasiado ordinaria como para destacar y ser digna de admiración. Pensamos que no tienen nada de especial. Dice S. Ambrosio: «El Señor desprecia a los envidiosos, y aleja los milagros de su poder, de aquellos que persiguen en otros los divinos beneficios. Observad, pues, los males que produce la envidia». Es quizás envidia lo que surge en el corazón de los que escuchan. Muchas veces la envidia nos hace menospreciar las virtudes y talentos de los otros. Incluso de aquellos a los que queremos mucho. Ya lo dice A. Schopenhauer: «La envidia en los hombres muestra cuán desdichados se sienten, y su constante atención a lo que hacen o dejan de hacer los demás, muestra cuánto se aburren». Somos envidiosos y la envidia nos entristece. Nos molesta que otros destaquen y sean distintos. Nos molestan los éxitos ajenos cuando nosotros no destacamos ni triunfamos en la vida. La envidia nos envenena y nos hace compararnos continuamente: «Compararme con los demás me lleva a minusvalorarme y a denigrarme a mí mismo o me lleva a sentirme siempre en plena forma. Tengo que hacerlo todo mejor que nadie. Mucha gente es incapaz de sentirse a sí misma, sólo se siente cuando se compara»<sup>6</sup>. Es duro vivir con envidia, en continua confrontación con el mundo, sin paz, sin relajarnos. No reconocemos la belleza oculta en los demás ni nos alegramos con los milagros ordinarios de cada día. En Nazaret surge la envidia y por eso estalla la ira en la Sinagoga. Se sienten despreciados por Jesús porque allí no hace milagros, y crece la ira en sus corazones: «Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba». La envidia lleva al desprecio y a la violencia. No logramos aceptar lo que nos incomoda si nos falta la paz. No hay alegría, y no nos sentimos a gusto con la vida. **Nos comparamos y buscamos culpables fuera.**

**Hoy nos queda claro que Dios actúa como quiere y donde quiere:** «Sin duda me recitaréis aquel refrán: - Médico, cúrate a ti mismo; haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm». Comenta San Cirilo: «Era éste un proverbio comúnmente admitido entre los judíos, inventado para ofender a otro; así decían algunos a los médicos que estaban enfermos: - Médico, cúrate a ti mismo». Y añadió: «Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambruna en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos hablaban en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio» Lucas 4, 21-30. Estamos heridos y necesitamos satisfacer nuestros deseos. Nos atraen los milagros extraordinarios, las cosas poco normales, queremos que Dios escuche nuestra súplica. Como aquellos hombres que ese día escuchaban a Jesús. Despreciamos la rutina, lo normal y queremos ver grandes signos. Despreciamos lo que no lleva la etiqueta de «fuera de serie». Nos cuesta ver a Dios en la cotidianidad de nuestra vida y preferimos emocionarnos y llorar al ver hecho realidad lo que parecía imposible. Sí, nos pasa como a esos judíos de Nazaret que querían milagros. Nosotros esperamos grandes milagros, no esos que ocurren en el silencio y nos parecen muy pequeños e insignificantes. Jesús les muestra a sus parientes y amigos que Dios siempre elige dónde y cómo quiere actuar. No podemos ponerle condiciones a Dios. Así no funcionan las cosas. **Nos hace falta mucha fe para ver detrás de la carne el rostro de Dios.**

---

<sup>6</sup> Anselm Grün, ‘Portarse bien con uno mismo’, 85